

PEDRO PÉREZ, ORGANIZADOR DEL MUNDO

- ¡Qué desastre! ¡Qué desastre!

Esta exclamación era constante en los labios de Pedro Perez. Ni un solo día las noticias de los mil diversos acontecimientos que de forma cotidiana, tienen lugar en el mundo, daban ocasión a que no soltara su pesimista frase. Más aún, conforme pasaba el tiempo, la frecuencia de los hechos desafortunados, aumentaba su convencimiento de que todo era un puro y espantoso desastre.

Pedro Perez tenía una visión y un concepto negativos de la vida humana. Su convicción de que la sociedad estaba mal organizada y caminaba, con aceleración creciente, hacia el caos más absoluto, no era cosa nueva en él. Ya desde la juventud, cuando su mente perfeccionista y lógica alcanzó con los estudios una madurez poco común, comenzó a preocuparse con el tema. Se enfrascó en la lectura de sociólogos, filósofos, científicos, políticos, economistas, sin que en ninguno encontrara la solución para evitar los conflictos que sacuden a los pueblos, a los hombres. Buscó en las religiones una posible luz para resolver el problema, pero sólo encontró un mensaje, más o menos claro o evidente, de que no existe remedio para aquellos males. La historia -éste constituía su principal argumento-, demuestra la irracionalidad del insólito ser que se cree rey de la creación y que, tal vez, sea simplemente un error de la naturaleza.

A Pedro Perez, la verdad sea dicha, tampoco le convencía gran cosa el funcionamiento físico del universo; como Russell, pensaba, un poco engreído, que de haber tenido poder para ello, lo hubiera creado mejor. Pero en esto, como

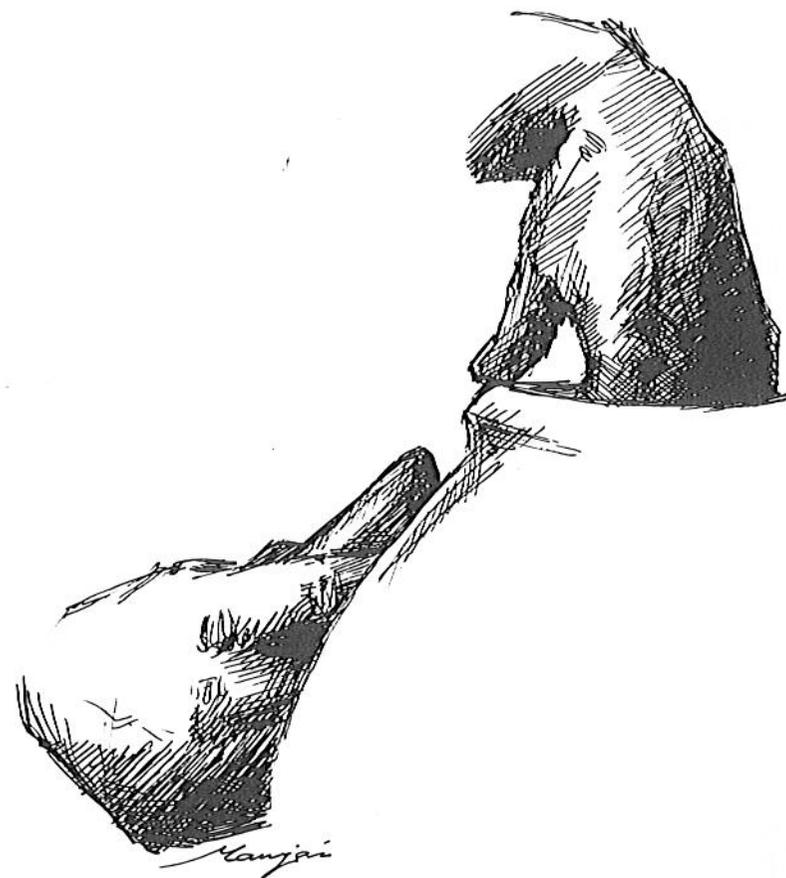
no había profundizado lo suficiente ni tenía grandes conocimientos científicos, era precavido y nunca expresaba con rotundidad su opinión.

Conforme avanzada en edad más se afirmaba en sus criterios, nada optimistas. Dedicaba mucho tiempo a pensar o idear sistemas de organización, medios de corregir las visibles tendencias distorsionadoras de la conducta humana; analizaba, con minuciosidad, los móviles que impulsan el quehacer de cada individuo, las aspiraciones dominantes en un colectivo, los ideales que incitan a los pueblos, en ocasiones, a embarcarse en aventuras disparatadas y absurdas.

Absorbido y obsesionado por el estudio, estableció una serie de modelos sociales a los que atribuía ciertas condiciones y características, tanto culturales como económicas y físicas. Conjugando la intensidad y variaciones de cada una de ellas, y comparando ese conjunto de circunstancias y factores con los históricos de las diversas sociedades del pasado, intentaba prever y calcular, con un error tolerable, cómo se desenvolvía o desarrollaba cada supuesto. Pero eran tantas las variables a tener presentes, tan imprevisibles y aleatorios los hechos que podían influir en los fenómenos, que terminó por desesperarse y abandonar aquellas locas elucubraciones.

Pero, evidentemente, uno no se desprende de sus preocupaciones e ideas cuando quiere, sino cuando puede. Y él no consiguió eliminar de su cerebro todo aquello que, durante tanto tiempo, le había mantenido en febril actividad. Para siempre, en su pensamiento, permanecería, como grababa al fuego, la huella de un pesimismo irremediable respecto al mundo. Llegó al convencimiento, más intuitivo que razonado, de que para conseguir una sociedad humana perfecta había que empezar de la nada, desde una nueva creación. El hombre arrastra, hasta en su más escondida célula, unas pautas de comportamiento, adquiridas en millones de años de evolución, que hacían imposible cualquier cambio de rumbo o modificación en su forma de actuar. Sólo comenzando desde el principio sería factible lograr que las tendencias negativas se encauzaran por derroteros distintos y conseguir, así, una sociedad perfecta; mas esto era, por desgracia, una idea descabellada, una fantasía demencial, que a ningún otro que no fuera él podría ocurrírsele.

Cayó en el desánimo y la depresión, abandonó sus estudios y teorías, y terminó por casi recluírse, alejado del bullir diario de un mundo que seguía un curso fatal hacia el abismo. Y ocurrió que, por fin, el precipicio negro, tenebroso, horripilante, apareció en el horizonte; que todos pudieron otearlo y que nadie dejó de lamentarse y vaticinar sus consecuencias nefastas... Pero ni un individuo, siquiera, hizo nada eficaz por evitar sumirse en la densa oscuridad de la



catástrofe. Y se conmovió la tierra en temblorosos estertores, se oscureció el cielo con humos radioactivos, después de mil rayos cegadores, y desapareció todo vestigio de vida. Durante cientos de millones de años, la superficie del planeta apareció desierta, árida, inhabitable.

Pedro Perez, no se sabe por qué designio de la Suprema Voluntad, contempló los hechos narrados, y durante un tiempo que escapa a toda medida convencional, vivió solitario sobre la inhóspita tierra, en la que apenas quedaban rastros de la orgullosa civilización desaparecida. Él también era un resto paleontológico del pasado. Y emocionado, en los breves instantes de eternidad que suponen millones de años, sus ojos cansados vieron cómo, de nuevo, el aire se fue haciendo transparente y puro, y surgieron nubes que derramaron lluvia sobre el suelo seco y polvoriento, y comenzaron a brotar de las entrañas de la tierra algunos tímidos tallos, y en el mar se formaron leves células, que se iban organizando hasta convertirse en pequeños y frágiles seres. En apenas unos cientos de siglos más, las montañas aparecían cubiertas de blanca nieve, los valles y llanuras vestidos del verdor de densos bosques, y por todos sitios pululaban, con joven energía, variadas especies de animales. Fue, entonces, cuando escuchó entre el fragor del trueno en un día de tormenta, una voz indefinible, sobrecogedora, que le dijo:

- Ahí tienes la primera pareja humana. Con tus manos infúndele vida y organiza su descendencia.

Descubrió, cerca de él, dos bellas figuras de arcilla que yacían sobre la hierba. Dudando de la realidad, se acercó hasta ellas y tocó sus cuerpos, aún húmedos y blandos, pero insensibles y sin vida. Posó sus manos sobre la frente de cada uno y, de forma inexplicable y milagrosa, la arcilla se transformó en carne cálida y palpitante. Y se levantaron. Y miraron en torno con asombro. Y tocaron todas las cosas que junto a ellos estaban. Y se miraron sin comprender nada. Pedro Perez comprobó que no le veían, que para ellos resultaba invisible. Pasó largas horas estudiando sus reacciones. Pero ellos permanecieron quietos, inmóviles, como cosas inanimadas. Comprendió, después de meditar, que debía otorgarles estímulos que los incitaran a vivir, no a vegetar. Y, nuevamente, impuso sus manos sobre sus frentes, para crearles el instinto de conservación.

La actuación de la pareja fue inmediata. Cogieron frutos de los árboles y comieron con ansiedad; más tarde en las limpias aguas del río, saciaron la sed. Y se recostaron cara al sol. Descubrieron que algunas púas de los arbustos herían dolorosamente, que algunos animales eran agresivos y debían huir de ellos. Pero nada más. Comían, bebían y esquivaban el dolor o el peligro.

Pedro Perez, que los observaba atento, llegó al convencimiento de que, de

seguir así, terminarían por extinguirse. Les impuso, otra vez, sus mágicas manos y les despertó la atracción mutua.

La pareja se miró con ojos nuevos. Se sentían atraídos el uno por el otro. Un especial magnetismo existía en sus miradas. Y se fundieron en un abrazo inédito, en tiernas palpaciones de sus cuerpos, en caricias inventadas, hasta llegar al trance último que el puro instinto les descubrió.

Tuvieron descendencia, con gran sorpresa de ambos, que no entendían el hecho. Pero abandonaron a las crías, seducidos sólo por la comida y el placer del sexo. Pedro Pérez, actuando en consecuencia, tuvo que imprimirles el sentimiento de amor a sí mismos y a los hijos, para que protegieran sus vidas, completando de esta forma, y sublimándolo, el instinto de perpetuación de la especie.

Transcurrieron muchos, muchos años. La población humana había crecido, pero se limitaba a comer, hacer el amor y criar la prole. Pedro Pérez intuía que algo fallaba. No veía progreso ni perfeccionamiento. La gente se dedicaba a estar allí, a utilizar lo que, espontáneamente, la naturaleza ofrecía cuando la necesidad acuciaba, a dejarse arrastrar por los días y las circunstancias del medio. Pensó que era necesario imbuirles la curiosidad por todo lo circundante. Y extendiendo sus manos, encendió en las mentes la chispa electrizante del deseo de saber y comprender: los dotó de inteligencia.

Al amanecer, los hombres despertaron con una visión nueva. Desde sus grutas contemplaron el soberbio paisaje: el inmenso bosque, verde y umbrío, extendido a sus pies; las nevadas cumbres que se elevaban en el horizonte; el sol brillante y cegador que calentaba sus ateridos cuerpos... Y se preguntaron qué era todo aquello, qué extrañas energías hacían posible la variedad de la vida, qué fin perseguían tan diversos seres, tan distintas especies, tan variadas de cosas... Y comenzaron a hurgar y analizar todo lo existente para averiguar su composición, su funcionamiento, su objetivo, buscando una posible explicación. Y no pasaron de ahí. Satisfecha la curiosidad, volvieron a dejarse llevar por el cotidiano paso de las horas.

Pedro Pérez, con infinita paciencia, se enfrascó en profunda meditación sobre lo que debía hacer. Decidió imprimirles, después de muchas dudas, un nuevo componente psíquico: la insatisfacción. E introdujo un hecho para ellos aún desconocido: la escasez de medios.

Los hombres, pues, se dieron cuenta que todo era perfectible, modificable y susceptible de apropiación. Al propio tiempo sufrieron los primeros latigazos de la necesidad. Y se ingeniaron para conseguir aumentar la utilidad de las cosas y sacar provecho del entorno natural. Y se les desarrolló, paralelamente, el afán por lograr reservas de lo que escaseaba o era difícil adueñarse. Y, como secuelas

lógicas, se organizaron en clanes, en grupos, en pueblos, estableciendo límites territoriales, diferenciándose o distinguiéndose unos de otros.

Satisfecho, Pedro Pérez creyó que todo caminaba según sus deseos, y que muy pronto habría conseguido una sociedad ejemplar. Y se retiró durante una temporada -¿milenarios, tal vez?- para descansar. Pero cuando se dirigió a comprobar la marcha de su obra, quedó anonadado, perplejo: se encontró con el viejo mundo que había visto autodestruirse de forma estúpida e inevitable.

Impotente, apesadumbrado, casi rabioso, exclamó: ¡No existe remedio! ¡No existe remedio!

Despertó, violentamente, de la pesadilla. Un sudor frío corría por su frente.